180 GRADOS

Raquel López Vázquez

Iznájar, 2017

180 GRADOS

RAQUEL LÓPEZ VÁZQUEZ

—

2017

180 Grados

Imprime: *Publicidad El Castillo*
C/ Puerta del Rey, 2
14970 IZNÁJAR (Córdoba)
Telf. y Fax: 957 53 47 19
imprentaelcastillo@gmail.com

Miembros del Jurado
2º Premio de Relato Corto 2017
Categoría Absoluta
Ayuntamiento de Iznájar
Publicidad El Castillo

José María Molina Caballero
Toñi Gómez Vidal
María José Núñez Villalba
Juan Ramos Sánchez

Se despertó sobresaltado. La pesadilla, tan vívida que le había acompañado durante todo el camino hacia el despertar, le provocó la misma sensación de resaca que una mala borrachera. Había dormido boca arriba y sentía la lengua seca. Seguro que su mujer se encargaría durante el desayuno de reprocharle unos cuantos ronquidos. No tenía prisa por escucharla. Podía ponerse realmente impertinente cuando sabía que llevaba la razón y, más todavía, cuando estaba equivocada. Decidió que aquél sería uno de esos días en que no iba a consumir ni una molécula de su energía en discutir.

Ni con ella, ni con nadie.

Desvió la mirada hacia el techo, donde se proyectaba el reloj digital que su hermana le había regalado en su última visita, pero la hora no estaba allí.

Supuso que sería a causa de los constantes cortes de luz que se venían produciendo en el barrio durante las últimas semanas y que, un par de días atrás, le habían obsequiado con una barba a medio afeitar.

Se inquietó al no ver tampoco la franja de luz que debería entrar por las rendijas de la persiana, esa que había jurado arreglar mil veces. ¿Había vuelto a despertarse en medio de la noche?

Aún así, debería captar algo de la claridad que arrojaban las luces de las farolas.

¿Y por debajo de la puerta?

Nada.

Todo oscuridad.

Estiró el brazo izquierdo para encender la lámpara sobre la estantería de Ikea que hacía las veces de mesita de noche y se encontró con una pared que no debería estar allí.

Retiró la mano como si hubiese recibido una descarga. ¿Cómo había llegado la cama a pegarse a la pared? Volvió a acercar la mano, esta vez en diagonal, para encontrar más de lo mismo. En esta ocasión la apartó con la lentitud que la incertidumbre le confiere a los movimientos.

Extendió el otro brazo con la esperanza de encontrar a Clara a su lado, pero ni siquiera percibió la calidez que dejaba tras de sí cuando se levantaba antes que él. Y, ahora que lo pensaba, ni siquiera escuchaba el trastear matutino en la cocina.

Nada.

Todo soledad.

Como movido por resortes, se incorporó de medio lado buscando el impulso para explorar qué había más allá del lado de la cama donde debería estar durmiendo su mujer. Emitió un gemido ahogado al no encontrar más que otra pared, igual de próxima, igual de agobiante.

Se dejó caer sobre el colchón, tan desorientado que no se atrevía a moverse, tan angustiado que no podía pensar. Comenzó a palpar la cama esperando encontrar ...

¿Dónde estaban las sábanas en las que siempre amanecía enrollado?

Cuando su hija pequeña le despertaba los fines de semana saltando sobre el colchón, le decía que parecía un gusano dentro de su crisálida, como los que tenían en el colegio en la clase de ciencias. A él le encantaba que se lo repitiera cada domingo. Lo consideraba un juego de complicidad con su hija que le recordaba el derecho a vivir esos momentos con ella y que no quería compartir con nadie más. Pero no era domingo y su hija no estaba allí.

A medida que la ignorancia que le regalaba la inconsciencia se desvanecía, fue abriendo los ojos a una realidad tan indigesta que le provocó náuseas. No estaba sobre su cama; ni siquiera estaba en su dormitorio. Sintió que la incertidumbre estaba convirtiendo aquel momento en interminable. Empezó a

notar el entumecimiento en cada una de sus extremidades, al mismo tiempo que se incorporaba. Se puso a cuatro patas y, muy despacio, sumergió la mano en la oscuridad como quien intenta encontrar algo dentro del agua. Gateó hasta lo que intuyó que era el borde frontal extendiendo los brazos hacia delante. Estaba tan seguro de que iba a encontrar otra pared que no calibró bien el impulso y a punto estuvo de precipitarse al suelo o lo que quiera que hubiese allí.

No había otra pared.

Nada.

Todo vacío.

Solo aire.

Escuchó algo y se quedó paralizado, sintiendo cómo el sudor que hace fluir la adrenalina seguía aflorando a su piel. Tardó unos segundos que le parecieron horas en entender que se trataba de su propia respiración, tan agitada que le hizo sentir vértigo. Temblando, decidió sentarse, esperando despertar de lo que parecía un mal sueño. Intentó

tranquilizarse todo lo que le permitía la ansiedad que se estaba adueñando de cada uno de sus pensamientos. Volcó todo su esfuerzo en recordar la noche anterior.

Nada.

Todo en blanco.

En su memoria no había imágenes posteriores a su llegada a casa. No recordaba qué había hecho tras cerrar la puerta y dejar las llaves sobre la mesa del recibidor.

Aquella noche había rechazado la invitación de sus compañeros para tomar una cerveza y ver el partido. Llevaba varios días superado por la cantidad de trabajo que se había acumulado en su mesa tras el despido de la mitad de la plantilla. Reajuste estratégico de personal, fue la expresión eufemística que utilizó su superior cuando le había aclarado que de todos dependía asumir las tareas de los que se habían quedado en la calle, si querían conservar su puesto.

Fue una reunión breve, sin matices, directa a la yugular, que le había provocado

un brote de ira que descargó liándose a patadas con las ruedas de su coche en el aparcamiento del edificio de oficinas donde trabajaba. No le gustaba que le amenazaran de forma tan velada y, mucho menos, cuando sabía que no podía hacer nada para contraatacar.

Pero ahora mismo lo que menos le preocupaba era su situación laboral. Seguía sin entender qué estaba pasando, por qué no estaba en su dormitorio, qué hacía sobre aquella cama extraña, en un lugar desconocido. Si hubiese sido un marido díscolo, todo habría tenido sentido: aquello podía ser la casa de su amante de turno o la habitación de un hotel. Por desgracia, vivía totalmente ajeno al sexo y hacía años que había renunciado a un cariño que no fuese el de sus pequeñas.

Volvió a explorar con las manos la superficie sobre la que se encontraba. Se desplazó hacia el frente y se quedó sentado en el borde de la cama con las piernas encogidas. No se atrevía a estirarlas por miedo a lo que pudiera encontrar bajo sus pies.

Un ruido que identificó como el de los focos de un campo de fútbol al encenderse precedió a una luz tan intensa que le obligó a cubrirse los ojos. Los abrió deseando con todas sus fuerzas encontrarse en su dormitorio, despertando de la pesadilla demencial en la que aún se encontraba sumergido.

Bajó el brazo poco a poco mientras enfocaba de nuevo la vista y lo que vio le dejó tan atónito que casi le arranca un grito: ante él, se extendía un corredor blanco flanqueado por paredes blancas y rematado por un poco prometedor horizonte blanco. Le invadió la angustiosa sensación de hallarse en medio de un banco de niebla tan densa como el que Stephen King describía en su novela y que tantas noches le había mantenido despierto, muerto de miedo ante la posibilidad de que la blancura humeante protagonista de la historia entrase por debajo de la puerta de su cuarto.

Recorrió las paredes con la mirada, intentado encontrar algo que no las hiciera

parecer tan desoladoras. Pero no había puertas a las que llamar, ni ventanas por las que asomarse. Ninguna imperfección que destacase sobre aquella blancura, ningún corte que rompiese aquella continuidad. Alzó la cabeza en busca del origen de una claridad tan envolvente y tan paradójicamente desesperanzadora, pero no pudo determinar de dónde procedía. Decidió que aquel lugar desprendía luz propia, pero sin proyectar brillo sobre ninguna de las superficies.

Nada.

Todo opaco.

Intentó recomponerse para analizar una situación que empezaba a provocarle una angustia delirante. Conservar la razón en aquel momento era algo casi imposible, pero no podía permitirse el lujo de perder la calma. Al menos, no todavía.

Se quedó así, rígido, como flotando en una balsa, mirando a ese horizonte sin promesas.

–¿Hola? –Se tapó la boca con las manos, como un niño que acaba de romper un cristal de un balonazo. Temió que su osadía, totalmente inconsciente, tuviese alguna consecuencia. Ni siquiera reconoció su propia voz.

Sus cuerdas vocales habían actuado movidas por el impulso de saber, de resolver dudas. Se asustó ante la posibilidad de que hubiese alguien más con él. O quizás ante la seguridad de estar totalmente solo.

–¿Hola? –Esta vez, la orden la dio su cerebro y le añadió unos cuantos decibelios más.

Pero... ¿Dónde estaba el eco?

Vinieron a su mente imágenes de la infancia que había compartido con su hermano un año menor. Enfrente del chalet que sus abuelos tenían a diez kilómetros de la ciudad, había una casa que nadie se había preocupado de terminar. César y él la utilizaban como refugio durante los veranos y jugaban a gritar en su interior, sólo por escuchar el eco que

dejaban sus palabras y que sonaba a metal (o así creía entenderlo él). Pero lo que acababa de gritar no había provocado ninguna vibración ni le había devuelto nada parecido a un eco.

Nada.

Sin respuesta.

Todo silencio.

Se giró hacia la pared de su izquierda. Levantó la mano para tocarla. Acarició la superficie con los dedos, la boca abierta en un gesto de estado crepuscular. No supo identificar de qué material estaba construida. Cayó en la cuenta de que no podría determinar si estaba fría o caliente. Era una sensación extraña, como si la temperatura no fuese algo tangible. Apartó la mano con una mezcla de terror y asco y, de forma inconsciente, la limpió frotándola sobre la camiseta que, ahora se daba cuenta, utilizaba para estar en casa. También llevaba los pantalones de deporte y estaba descalzo.

Otro golpe de incertidumbre: él nunca se habría metido en la cama con ropa. Ni siquiera utilizaba pijama, sólo unos boxer.

Entonces, todo tenía que haberse desencadenado antes de irse a dormir.

La certeza le golpeó tan de lleno que le obligó a apoyar las manos a los lados para no cae derribado. Si él estaba allí, ¿dónde estaba su familia? ¿Cómo no había caído en la cuenta de que ellas podían estar pasando por lo mismo? ¿Cómo había podido ser tan egoísta?

Derramó lo que le pareció un torrente de bilis sobre la blancura del suelo, que absorbió el líquido hasta hacerlo desaparecer. Ni siquiera había llegado a extenderse como debería haberlo hecho si aquel habitáculo siguiese las leyes básicas de la física.

Aquel lugar tenía sus propias leyes.

La angustia posterior a la visión de su vómito desvaneciéndose dio paso al miedo, que venía con el firme propósito de instalarse, bloqueando cualquier intento por su parte de

mantener un mínimo de cordura que le ayudase a encontrar la salida. Empezaba a no importarle dónde estaba o cómo había llegado allí. Su prioridad era regresar a la realidad y volver a ver a su familia.

Enfocó la mirada a lo largo del pasillo que se extendía ante él. Apostaría a que no llevaba ningún sitio. Al menos, a ningún sitio que él pudiera ver desde donde se encontraba. Además, después de ver lo que había ocurrido con su bilis, no se atrevía a dar un paso. Estaba prácticamente seguro de que, si depositaba su peso sobre el suelo, éste se licuaría y él acabaría hundido en un lago blanco y espeso.

Decidió que, antes de tomar cualquier determinación, debía tener una charla con el hemisferio izquierdo de su cerebro, por si él sabía qué debía hacer, pero estaba claro que su razón estaba enfocada en la imagen de sus hijas sobre un colchón igual que el suyo, encerradas por unas paredes como aquellas.

Igual de aterrorizadas.

Igualmente solas.

Y Clara... Habría dado cualquier cosa a cambio de estar escuchándola recriminarle la noche de tormenta, como le llamaba ella a sus sesiones de ronquidos. Habría dado cualquier cosa a cambio de una tarde de deberes con las niñas, a cambio de volver a la reunión de trabajo o de estar en un atasco rodeado de coches conducidos por personas furiosas.

Lo habría dado todo.

Pero allí sólo estaba él y no tenía nada. Respiró tan profundamente como le permitieron sus pulmones, intentando detener el ataque de pánico que amenazaba con golpearle. Pero su respiración siguió su propio ritmo y comenzó a acelerarse hasta hacerle sentir mareado.

Entonces, dejó fluir el llanto como nunca se había permitido hacerlo, en silencio, sin contener ni una sola lágrima, dejando que se le empapase la cara, como si toda esa agua pudiese arrastrar la angustia y el miedo, como si llorando le robase tiempo a un tiempo que había dejado de ser real.

No pudo determinar cuánto duraron las lágrimas. Cesaron por sí solas, dejándole la sensación de alivio de la presión liberada.

El miedo seguía ahí, pero iba cediendo espacio a otros sentimientos.

Se dejó caer hacia atrás hasta quedar de nuevo sobre el colchón, llevado por el agotamiento que comenzaba a relajarle los músculos y la desidia que empezaba a adueñarse de él.

Clara siempre le acusaba de ser un pusilánime por no hacer lo mismo que ella ante los momentos de estrés: ponerse a dar voces y a maltratar a todo el mundo. Era su propia forma de solucionar los problemas, tan particular como todo su comportamiento.

En cambio, él optaba por la resignación. Prefería pensar que era su modo de adaptarse a las situaciones que se le iban de las manos; el único modo de aceptar lo que se escapaba a su control. Y aquella situación estaba totalmente fuera de su capacidad para hacer absolutamente nada.

Decidió dejarse mecer por la anestesia del llanto e ilustró aquel momento con todas las imágenes agradables que podía invocar: sus hijas en la playa, Clara en su primera cita, su madre antes de caer enferma, un paseo en moto...

Empezó a sentir cómo descendían sus pulsaciones y cómo se ralentizaba su respiración.

No podría asegurar si había llegado a dormirse, pero sintió caer su cuerpo a plomo sobre el colchón, como si se hubiese precipitado desde la luminosidad del techo.

¿Cuánto tiempo había pasado?

Se incorporó de golpe, con la cara desencajada por el sobresalto, implorando que todo siguiese igual, que nada hubiese empeorado. Ya que no podía hacer nada, prefería quedarse como estaba a tener que enfrentarse a aquel lugar que empezaba a parecerle un ser vivo manipulador y mezquino que le había elegido a él para divertirse ju-

gando a dejarle a la deriva., rodeado de aquel mar blanco sin tierra a la vista.

Iba a morir allí. Empezó a ser consciente. No importaban los intentos por cambiar lo que ya se perfilaba como un hecho.

De todas las veces en que había pensado en cómo sería su muerte, jamás había barajado semejante posibilidad. Habría tenido que echarle mucha imaginación. Pero, una vez más, la realidad se imponía y superaba cualquier fantasía, por siniestra que ésta fuera.

Al menos, podía sentirse afortunado de que el gigante de la túnica y la guadaña no se presentase en forma de enfermedad. Aquello iba a ser mucho más espectacular y extraordinario.

Más que morir como el héroe de una película o como uno de los frikies de aquel programa donde se recreaban muertes en situaciones realmente bizarras.

Una sonrisa asomó a sus labios.

–¡Eh, tío! ¡Por fin vas a hacer algo realmente original en tu vida! –. Pronunció aquellas palabras en alto, con la voz que él creía que debía pertenecer a John Wayne.

–Vas a palmar como los grandes. Lástima que no haya nadie aquí para verlo. Hasta en esto vas a actuar como un mediocre.

–. Aquéllas salieron de la boca de la Clara más pérfida.

Un mediocre.

En lugar de romper a llorar otra vez, estalló en una carcajada demencial que le arrancó el aire del pecho y le hizo toser hasta que se quedó sin aire. Se incorporó para recuperar la respiración, pero no podía parar de reír al recordar a dónde le había llevado su mente.

Rió igual que había llorado: regalándose el momento de distensión, saboreando cada bocanada de aire.

Tardó unos segundos en sobreponerse de aquella sobredosis de delirio. Se tomó la

melé de sensaciones como una terapia, como un punto de inflexión.

No iba a perder la cabeza. No iba a morir allí. Al menos, no iba a morir quieto.

Si tenía que terminar todo, que fuese arriesgando. No se iba a ir con la sensación de no haber luchado. Sonrió pensando en Clara. ¿Estaría orgullosa de él si pudiese ver el giro que había dado en apenas unos minutos?

¿Y qué importaba? Quien estaba allí encerrado era él y él era su único recurso. Seguía sin poder evitar pensar que posiblemente nada de lo que hiciera serviría para salvarle. Pero aquello no hacía más que invocar al miedo y a la ansiedad. Y ya había tenido suficiente.

Tenía que salir de allí. Pensar en lo que se escapaba a su alcance no hacía más que impedirle avanzar.

Se puso firme. Esta vez, con una determinación que no había necesitado nunca,

con la determinación que requieren las situaciones extremas.

Fijó la vista en el suelo.

Recordó cómo se había tragado su vómito.

Flaqueó.

No había muchas opciones.

Hizo descender su pie derecho.

Ya no iba a echarse atrás.

Sólo tenía que ser rápido.

Rozó el suelo con los dedos y, como si los hubiese acercado al fuego, volvió a subir el pie a la cama tan rápido como pudo. Se lo agarró con las dos manos.

Si sus sentidos no le engañaban, aquella superficie que hacía un momento había engullido su comida del día anterior había dejado de ser inconsistente y se había vuelto firme. Efectivamente, sus dedos habían tocado algo sólido y, lejos de lo que él esperaba, no habían desaparecido.

Seguían allí. Alivio.

Bajó de nuevo el pie hacia el piso hasta dejarlo totalmente apoyado. Aplicó un poco de fuerza para comprobar que realmente aquello se había transformado en algo sólido. No había nada que le hiciese creer lo contrario. Había llegado el momento de echar los restos y levantarse. Bajó la otra pierna. No supo definir la sensación que le provocó aquella textura desconocida al tacto. No iba a preguntarse qué había ocurrido para que el estado de aquella superficie hubiese cambiado.

Simplemente, se lo tomó como un regalo, como una oportunidad.

Con mucha cautela, calibrando el movimiento de cada uno de sus músculos, se incorporó.

No pudo evitar sentir vértigo ni que le invadiera la sensación de que se había equivocado.

Imaginó que el suelo se aprovecharía al verle tan confiado precipitándole a una caída infinita.

Volvió a la cama y se hizo un ovillo. No estaba preparado para afrontar aquello. No era tan valiente.

Si su hermana estuviera allí, le bombardearía con su discurso estándar para cobardes. Él siempre le decía que podría titularlo “Sin valor no hay gloria”. Esther siempre había sido la más valiente de los tres, la más fuerte de todas las personas que conocía. Seguro que si se viese en aquella situación, habría conseguido abrir puertas en las paredes. Era una superviviente y él debería haberse imbuido de su espíritu a lo largo de los años, en lugar de comportarse como lo estaba haciendo ahora, como lo había hecho siempre.

Se regañó por malgastar el tiempo dispersándose. Esther no estaba allí, Clara no estaba allí.

Nadie podía verle, nadie podía ayudarle. Sólo tenía que mentalizarse de que estaba tan al límite que, hiciera lo que hiciese, siempre sería más que no hacer nada.

Esta vez no midió sus movimientos. Saltó literalmente de la cama al suelo, a un suelo que seguía conservando la solidez.

Inspiró aquel aire que no olía a nada y echó a andar, mirando a los lados, por si la vista le había engañado y las paredes no fueran tan angustiosamente lisas. Sus ojos funcionaban perfectamente.

Seguía sin ver nada que rompiese aquella monotonía blanca.

Pero, llegado a ese punto, se negó a desesperarse.

No tenía un objetivo claro porque no sabía qué tenía que buscar ni lo que quería encontrar.

Decidió limitarse a andar primero en línea recta y luego en zigzag, acariciando los muros, presionándolos con la esperanza de echarlos abajo.

Y siguió andando, desorientado, a lo largo de lo que le parecieron kilómetros. Cada vez más consciente de que no iba a ninguna parte. Una situación tan surrealista como

aquella nunca iba a resolverse de un modo coherente.

Empezó a acusar un cansancio que no sólo era físico. Tanta tensión le había dejado exhausto.

El desánimo de no llegar a ningún sitio no ayudaba

Se detuvo.

Volvería a la cama y se tumbaría a descansar.

No servía de nada agotarse. No había a dónde ir.

Se giró y se sorprendió al descubrir que no había avanzado tanto: todavía podía ver la cama desde donde se encontraba.

Su pequeña isla blanca.

Estaba claro que, en aquel lugar, el tiempo y el espacio eran conceptos muy alejados de lo que podía considerarse como normal.

Desanduvo el camino que había recorrido en su intento por encontrar la salida y, a medida que retornaba al origen de todo,

pensó que su vista le estaba jugando una mala pasada.

Lo que había en la parte posterior de la cama, la única que no había explorado (la única que ni siquiera se había girado a mirar), rompía el paisaje que dominaba todo lo demás.

Si era una pared, desde luego, no era igual que las otras.

Aceleró el paso, mientras se maldecía por haber sido tan poco inteligente, por no haberse planteado que allí podía haber algo distinto.

Interrumpió el castigo que había empezado a autoinfligirse porque lo que se perfilaba al fondo a medida que se aproximaba rompió todo hilo de pensamiento.

Alcanzó la cama.

Lo que tenía delante, lo que había estado allí todo el tiempo y no había visto, era una puerta.

Se obligó a analizar cada detalle.

Ya era suficiente con haberse sentido estúpido una vez.

No era blanca, sino gris y, a diferencia de las otras paredes, estaba separada de la cama.

Sin necesidad de tocarla, podía asegurar que no estaba hecha del mismo material extraterrestre que el resto de la estancia. Sabía que si acercaba la mano, sentiría el tacto de la madera templada y del metal frío del tirador bajo sus dedos.

Aire fresco.

Lo saboreó. Impagable.

No quiso imaginar qué había al otra lado. Sin expectativas.

Lo más humano que se había encontrado desde que abriera los ojos en medio de toda aquella locura no podía ser peor que lo que ya conocía de aquel lugar. O sí...

No iba a pararse a sopesar el riesgo que asumía por querer descubrirlo. Cruzar el umbral siempre sería mejor que quedarse esperando algo que jamás llegaría por sí solo.

Una salida. Un acceso. Un simple cambio de espacio.

Había elegido arrojarse a la corriente blanca ante lo que entendió como una falta de alternativas, y en el regreso a la escasa seguridad que sentía, se encontró con que la solución estaba esperándole desde el principio.

Sólo necesitaba un cambio de perspectiva.

Sin miedo, recorrió la madera gris con la palma de la mano.

De espaldas a una realidad que tardaría varias vidas en poder olvidar, dejando atrás aquel pasillo, extendió el brazo y abrió la puerta.

Excmo. Ayuntamiento
de Iznájar

Publicidad
El Castillo